

Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

Deber de claridad

Algunos lectores y amigos me piden que procure ser tan claro en mis escritos periodísticos como creen que lo soy en tribunas de conferenciantes o en tertulias televisadas. Al principio pensé que esta crítica no obedecía, en realidad, a la oscuridad de los textos, que yo considero densos pero claros, sino a la sorpresa que causa hallar en un periódico, que se desea leer con la misma ligereza con la que se olvida, la forma de escribir y de pensar que se espera encontrar en un libro de ensayos. Pero al cabo de seis meses he de confesar que no era legítima mi esperanza de habitar al lector al estilo sintético de mis artículos. Si deseo combatir la confusión general en las ideas y los valores comunes, debo expresarme con la sencillez mental adecuada al entendimiento común. Escribo para poner en evidencia las falsedades ideológicas que otorgan carácter democrático a un poder que no lo es. Ni en sus formas institucionales, ni en su ejercicio. Y lo hago no sólo empujado por una pasión de verdad, que no conduce precisamente a la sencillez, sino como preludio intelectual al despertar de una ambición colectiva de sinceridad política que deseo provocar. Y de aquí surge el deber de claridad en la expresión.

Pero exponer ideas nuevas, en un periódico de masas, es una labor sujeta a ciertas servidumbres oscurantistas que no afectan a los escritos de divulgación. En especial, si las nuevas ideas chocan abiertamente con las creencias políticas dominantes en la sociedad. No hablo de la autocensura inteligente, que subordina la claridad a una estrategia de eficacia, para evitar el riesgo de rechazo de las acciones iniciadas en un medio hostil. Tampoco me refiero a esa servidumbre lingüística, mal llamada ideológica, que las reglas de la gramática imponen como frontera mental al pensamiento crítico. Lo que me preocupa son las servidumbres que, con independencia de las limitaciones personales, dificultan la claridad en la expresión de ideas originales y rigurosas. Una de ellas, de tipo comercial, reduce la libertad de elección del tema y del espacio que se necesitaría para encuadrar los hechos desde una perspectiva diferente de la habitual. Comentar una noticia, dentro de los parámetros ideológicos imperantes, no necesita de la razón. Basta tocar la tecla adecuada en el acordeón de los sentimientos para que el comentarista más confuso parezca el más brillante. En un breve espacio de expresión, la razón solo cabe en oscuros aforismos o en meridianas obviedades.

Los directores de periódicos exigen de sus escritores que hablen de la actualidad como si fueran periodistas. Pero una ley de la evolución cultural nos hace comprender los hechos nuevos mediante ideas viejas, es decir, nos obliga a vivir sin entender lo que sucede. Esto se debe a que las ideas, en materia social, no generan ideas ni proceden de otras ideas. Toda idea original tiene su matriz en un hecho social original. La forma de escapar a esta servidumbre intelectual del periodismo es distinguiendo los hechos repetitivos de los innovadores. Son de actualidad, por ejemplo, otro atentado de ETA, otra entrevista del Presidente, otra crisis laboral, otro caso de corrupción. Los comentarios pueden escribirse de antemano. La frescura de la noticia queda amojamada en el ataúd ideológico del comentarista. Pero también nos noticia la bajada de los tipos de interés, la aprobación de los presupuestos por el nacionalismo catalán, una conferencia intelectual de Guerra, el anuncio de medidas «democratizadoras». Es esta novedad de los hechos la que demanda aclarar, con ideas innovadoras, el sentido de la actualidad. Esta función creadora justifica la presencia de firmas críticas en el periodismo.

TRIBUNA LIBRE

Espaciosa y triste España

[EDUARDO SUBIRATS]

EL santo y seña nacional reza: malos tiempos. El diagnóstico social y político es de una prístina abulia: no hay proyecto social, no hay proyecto político, tampoco lo hay intelectual. El socialismo ha culminado un programa autoritario de modernización con leyes, normas de actuación fáctica y un espíritu que en nada se distingue ya de la mentalidad franquista.

La izquierda arroja el cuadro esperpéntico de clichés, eslóganes e imágenes caducas y sin contenido alguno. Restos de un naufragio. La derecha trata de mantenerse a flote con gestos desesperados de protesta que su pesada tradición de oscurantismo y totalitarismo ahoga en los turbulentos fangos de una sociedad civil definida por la incompetencia, la improvisación, la ignorancia y la mediocridad.

La orden del día, no menos patente y visible por más que hipócritamente disimulada, es: ¡Sálvese quien pueda! Bajo esa bandera la sociedad española de hoy se desintegra a pasos forzados bajo el desordenado estertor de brutalidad policial, violencia terrorista, agitación micronacionalista y una política económica salvaje que no es capaz de formular ninguna perspectiva socialmente responsable. La inteligencia brilla por su ausencia en universidades convertidas en feudos burocráticos de una enseñanza inerte e inepta, en rutinarios medios de comunicación militantemente dedicados a la estupidización general de una nueva masa social electrónica, caracterizada por su desorientación, su temor hacia lo porvenir y moralmente

desalentada. La crítica social más audaz (en los escasos espacios intelectualmente libres como la escueta columna de opinión de este periódico) está cansada de repetir siempre lo mismo: la visión, presagiada muy tiempo atrás, de una ocasión histórica perdida (la de los felices ochenta), de una visión política corta de vista, de una política ignorante de las necesidades sociales e intelectuales de una verdadera democracia, y la de la implantación de una forma autoritaria de vida por la vía social-demócrata.

Silencio sí: silencio de su inteligencia. Pertrechada con las categorías intelectuales del izquierdismo dogmático y grosero de los españoles años sesenta, y mal camuflada en la década de los ochenta bajo los signos, más banales que hedonistas, de un vanguardismo postmoderno, y confiado en las promesas de una felicidad político-económica demasiado fácil (un collage disonante de Opas, multinacionales, especulación inmobiliaria, y el vago sueño de una quimérica Europa por todo programa), la inteligencia española parece incapaz de comprender el dilema político e histórico en el que se encuentra.

Predomina la táctica intelectual del avestruz: estamos en una mala coyuntura; los males de la época son universales, y nos han tocado también a nosotros, ¿cómo no? Y el encogimiento de hombros: somos en realidad, y estamos de hecho en la España de siempre; se hace lo que se puede, pero las cosas han sobrevenido de esta suerte... En fin, no pasa nada, y la censura establecida en los medios de información, en las universidades y museos, y en las mismas editoriales (una nueva censura más sibilina, menos visible y más eficaz, en efecto), hace lo suyo para que esta apatía e indiferencia intelectual sea patrimonio de todos.

Aferrados con temor a las falas de los poderes institucionales, los intelectuales españoles (la masa universitaria, en primerísimo lugar), pero también los autores de libros, paquetes mediáticos, películas o cuadros, mantienen un silencio estratégico sobre las cuestiones más acuciantes de nuestra realidad social, de nuestra vida artística,

«No existe una discusión intelectual y pública sobre la democracia como sistema»

¡Espaciosa y triste España! Sólo ayer henchida de orgullo por sus billonarios espectáculos mediáticos de Ferias, Olimpíadas y Trenes de Alta Velocidad, por sus monumentales arquitecturas fascistas del «92», por la prepotencia política que hizo creer con sus agresivos medios de difusión electrónica que la sociedad española vivía una privilegiada edad de esplendor económico, cultural y social. Y hoy sumida en el más temible silencio.

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas mecanografiadas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. No se devolverán originales ni se mantendrá comunicación con el remitente. Las cartas deberán incluir el número del DNI y la dirección de quienes las envían. EL MUNDO podrá dar contestación a las cartas dentro de la misma sección.

Ya sé por qué se llama «Obrero»

Sr. Director: ¡Por fin me he caído del burro! Al leer que a un jefe romano le llamaron «el Germánico» porque se distinguió en el derrotar y someter a los germanos, he entendido

por fin por qué al Partido Socialista se le denomina con toda justicia «Obrero»: por las múltiples victorias que ha conseguido sobre los trabajadores.

JULIAN FIERRO LOPEZ Madrid

La LAU y las farmacias

Sr. Director: D. Manuel Domínguez presidente de la Federación Empresarial de Farmacéuticos Española dice en unas declaraciones en medios de comunicación «vamos a ser el primer colectivo que preste dinero gratis al Gobierno».

Pues bien señor Domínguez yo como propietario de un local en alquiler congelado, destinado a farmacia quiero decirle lo siguiente:

1. Ustedes no son el primer colectivo que presta dinero al Gobierno, nosotros los propietarios de rentas congeladas les llevamos la delantera y de largo (1939).

2. Ustedes tienen la gran ventaja sobre nosotros de que pueden traspasar su negocio, nosotros en cambio tenemos que continuar con el inquilino y el alquiler simbólico. Cuando contraté con mi inquilino-

no-farmacéutico el alquiler fue de 768 pesetas, actualmente me paga 14.331 ptas. (local más piso) la diferencia corresponde a impuestos y una pequeña cantidad a obras.

3. También parece, según lo que he visto, en este séptimo y último anteproyecto de ley que los negocios con menos de cinco empleados tendrán un plazo más largo de actualización. Creo que no hay un colectivo más discriminado e injustamente tratado como el nuestro señor Domínguez espero que mi carta le consuele y le recuerde